

la de Zola, quien informado por unos amigos de la campaña organizada contra él en toda Francia por los diarios de mayor circulación, se alegraba pensando que los ignorantes de ayer se apasionan hoy por la lectura: si la hoja que se lee en este momento propaga la mentira la de mañana dirá la verdad.

Ante todo apréndase á leer, y del caos de las frases entremezcladas, la crítica acabará por extraer lo que es bueno y saber conservar en la memoria para la conducta de la vida. Además, ¿cuántas obras verdaderamente buenas hay en este inmenso diluvio de impresos que cae incesantemente sobre el mundo, que traen consigo una enseñanza especial en el oficio ó la profesión, ó el eco de algo grande que constituye un elemento de progreso que brota de un punto cualquiera del globo hacia el individuo uniéndole al conjunto de la humanidad pensante?

La influencia absolutamente preponderante de la prensa y de todas las artes que la acompañan, grabados, fotografías y reproducciones de toda especie, es el resultado de cambios demasiado recientes para poder formarse idea de las modificaciones correspondientes que introducirá en la vida política y social de las naciones. Pero sean cuales fueren la vulgaridad, la puerilidad, el deseo de escándalo y el patriotismo hipócrita de la mayoría de las hojas diarias y de las revistas periódicas, es indudable que ensanchan el espacio intelectual alrededor de los lectores, arrancándoles de la estrecha villa, de los muros de la ciudad primitiva, y gradualmente se producirá aquel trabajo de eliminación por el cual el público, deseando alimento más substancial, más en relación con los intereses generales, apartarán de la prensa las bagatelas que bastaban á su infancia. Evidentemente la invasión de este mar de conocimientos comunes á todos los pueblos se hará como la irrupción de un nuevo diluvio, llenando primeramente las regiones bajas, dejando islotes diseminados, pero la marea ascendente acabará por cubrirlo todo, y aunque la verdadera enseñanza se haga por la acción directa de individuo á individuo, el conjunto de la transformación intelectual, visto desde la altura, parecerá realizarse por grandes masas, por nacionalidades enteras.

Pregúntase si la omnipotencia de la prensa hará más todavía; si conducirá á todos los pueblos, sin quererlo y sin saberlo, á

hablar una lengua común, para lo cual ha hecho en esta dirección una gran parte del camino: los telegramas incesantemente cambiados entre todos los países del mundo están redactados en un estilo conciso, rápido, lógico, fácil de comprender por todos, mediante la adopción de un repertorio de palabras previamente convenido. Los artículos que desarrollan esos breves despachos sufren forzosamente la influencia de ese estilo, siendo además redactados en su mayoría sin el cuidado de la belleza literaria, como sencillas ampliaciones cuya escritura apenas se aparta de las frases habituales, y en las cuales se suele prescindir de las palabras originales y se emplean cada vez más los términos diplomáticos y parlamentarios pertenecientes á la colección de las expresiones corrientes usadas en los salones cosmopolitas. Aunque un Francés no pueda comprender el español, el italiano, el portugués y el rumano en sus prosistas y poetas sino después de un serio estudio, puede leer correctamente sus periódicos, en los que halla las mismas palabras con terminaciones diferentes y los mismos giros con algunos términos del país, que se adivinan por el conjunto de la frase. En todo el mundo latino la lengua universal está ya en vía de formación, y los lenguajes de las naciones eslavas, germánicas y anglo-sajonas se acomodan paralelamente para acercarse por la construcción general al término medio universalmente aceptado. En los congresos científicos internacionales ha quedado convenido que todos los auditores comprendan las principales lenguas occidentales.

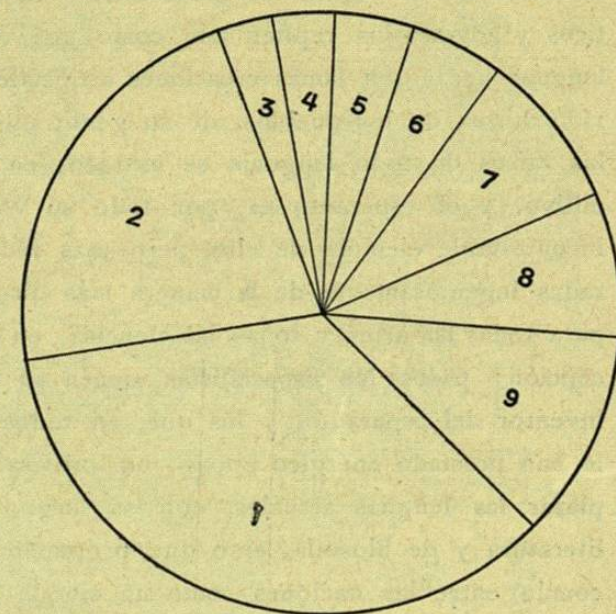
Para el que ama su lengua materna y siente repugnancia por todas las jergas bastardas que invaden por todas partes, no el templo literario de las naciones, sino el atrio vulgar de la política y del comercio, el advenimiento de una lengua verdaderamente común puede considerarse como un verdadero beneficio, porque constituiría una revolución franca que, poniendo dos idiomas á la disposición de cada uno, el de uso internacional y el lenguaje de la infancia, permitiría defender éste contra la invasión de las palabras extranjeras — no por odio, sino por respeto — y contra los giros que no corresponden á su genio.

Que esta lengua común no pueda ser una lengua muerta como el sanscrito, el griego ó el latín, es de toda evidencia, á pesar de

los piadosos depositarios de los bellos idiomas de otros tiempos, porque esos antiguos lenguajes pertenecen á una civilización que la de nuestros días ha rebasado hace ya mucho tiempo: los nuevos pensadores necesitan un instrumento nuevo. Ninguna lengua moderna sirve tampoco para vehículo universal de la inteligencia humana. Aunque el francés y el inglés hayan podido ambicionar esta situación preponderante, las rivalidades nacionales no permiten que semejante conciliación se haga pacíficamente entre los hombres, y además no hay una de las lenguas actualmente habladas que no sea muy difícil de conocer bien, en el conjunto de su vocabulario, en la variedad de sus giros y matices, en las dificultades de su sintaxis ó en los escollos de su pronunciación: todas representan en su formación elementos múltiples, muy diferentes unos de otros, y la diversidad de las reglas, procedentes de las contradicciones iniciales, obliga á los alumnos á estudios muy profundos, por cuyo motivo la mayoría de los que en el extranjero estudian una de esas lenguas europeas se verían muy comprometidos para utilizarla á fondo como idioma universal; se limitan á cargar su memoria con cierto número de palabras y de frases que les facilitan las operaciones más usuales de la vida y las conversaciones corrientes; son jergas como el *sabir* mediterráneo y como el *pidgeon english* de los mares Pacíficos, no son lenguas.

Tales son las razones que han inducido á los investigadores á confeccionar lenguajes artificiales libres de excepciones en el manejo de las reglas. En este sentido se han hecho numerosas tentativas y algunas han alcanzado bastante importancia para dar vida á una verdadera literatura. Entre todas esas creaciones, la que su autor, Zamenhof, ha calificado de *esperanto*, término cuyo sentido es fácil de adivinar, parece reunir muchas ventajas como lengua artificial. Las radicales del vocabulario no han sido escogidas por capricho individual, sino que se han impuesto naturalmente como pertenecientes por el uso á las principales lenguas de Europa y de América, sea por el fondo latino, el más importante de todos, sea por los lenguajes germánicos. En posesión de ese tesoro primitivo de las palabras, todo lo aproximado posible al conjunto de las lenguas europeas correspondientes á las naciones más civilizadas, el estu-

dante del nuevo idioma las modifica y combina por las formas fáciles de aprender para darles los matices necesarios, y se guía por reglas firmes para indicar los géneros, los números, los tiempos y los modos. Esas cuantas decenas de reglas, que pueden dominarse en un día, bastan para que el esperantista, manipulando su diccionario, escriba y comprenda la lengua universal: puede ponerse en relación con todos los correspondientes que se han procurado la misma clave de relación común. El número de adeptos que han entrado ya en la vía de la realización práctica es bastante considerable para haber modificado algo la estadística postal: transcurridos solamente diez años desde el nacimiento del esperanto, los que lo utilizan en el cambio de cartas pasan ya de 120,000. ¡Cuántas lenguas originales en África, en Asia, en América y hasta en Europa, com-



ALGUNAS LENGUAS COMERCIALES

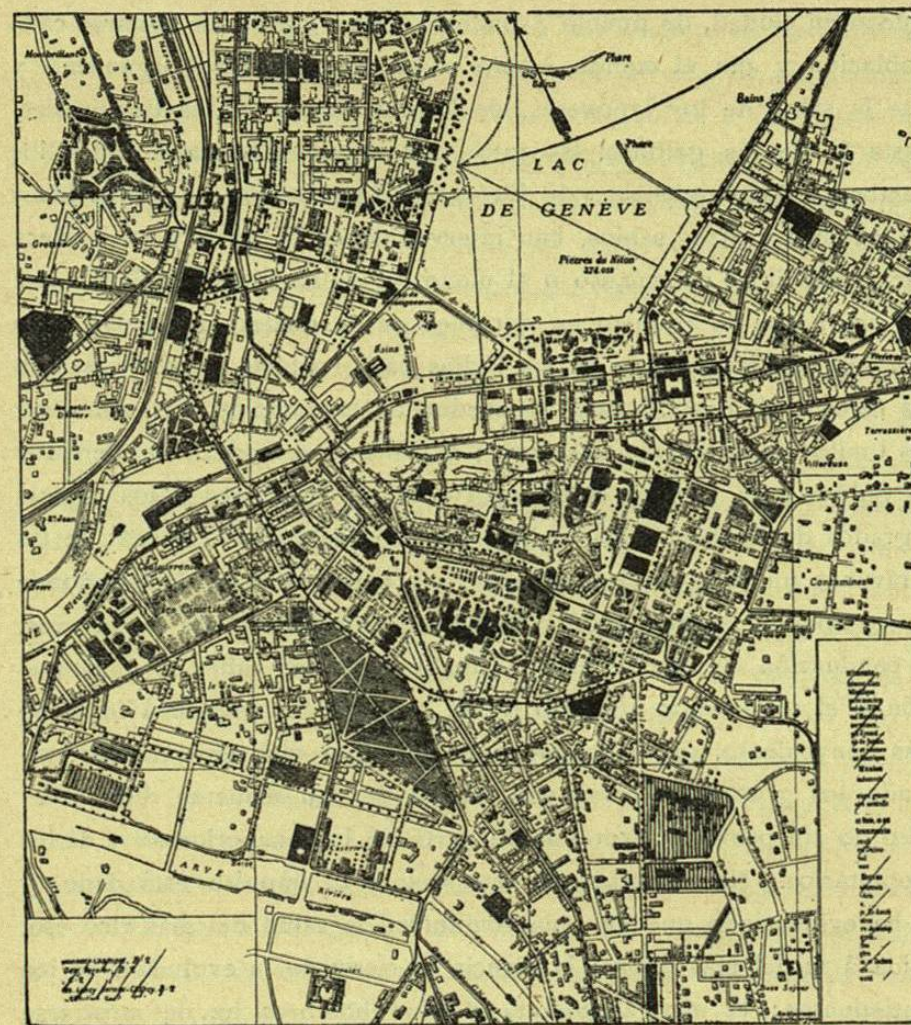
1. Chino. — 2. Hindostano. — 3. Árabe. — 4. Italiano. — 5. Español. — 6. Francés. — 7. Ruso. — 8. Alemán. — 9. Inglés. — Cerca de las tres quintas partes de la población del globo comprenden al menos una de esas nueve lenguas ó uno de sus dialectos. Los progresos del esperanto son rápidos y el idioma quizá penetra más en las masas populares que entre las clases superiores, llamadas inteligentes, debido, de una parte, á que el sentimiento de fraternidad internacional tiene su parte en el deseo de emplear una lengua común, sentimiento que se manifiesta principalmente entre los trabajadores socialistas, hostiles á toda idea de guerra, y, de otra, á que el esperanto, más fácil de aprender que cualquiera otra lengua, se ofrece ante todo á los trabajadores que tienen poco tiempo para sus estudios. Nótese, no obstante, que la mayor parte de los intelectuales

en las pequeñas naciones de la Europa sud-occidental, obligadas á volverse hacia la Europa del centro y del Oeste, tratan de adoptar el esperanto, aunque sea muy pobre todavía su bagaje científico, admirados de las naturales ventajas que les ofrece para entrar inmediatamente en relación con la civilización occidental.

Cosa curiosa, esa lengua nueva se utiliza ya ampliamente y funciona como un órgano del pensamiento humano, mientras sus críticos y adversarios repiten aún como una verdad evidente que las lenguas no fueron jamás creaciones artificiales y deben nacer de la vida misma de los pueblos, de su genio íntimo. Lo cierto es que las raíces de todo lenguaje se extraen, en efecto, del fondo primitivo, y el esperanto es, por todo su vocabulario, un nuevo é incontestable ejemplo de ello, pero esas radicales pueden ser matizadas ingeniosamente de la manera más directa, como se ha hecho para todas las artes y todas las ciencias; en este punto no hay excepción: todos los especialistas tienen su lenguaje particular. El inventor del esperanto, y los que, en todos los países del mundo, le han prestado enérgico apoyo, no profesan la ambición de reemplazar las lenguas actuales, con su largo y tan bello pasado de literatura y de filosofía, sino que proponen su aparato de relación común entre las naciones como un simple auxiliar de los idiomas nacionales. Sin embargo, quién sabe si nuestras lenguas cultas, tan nobles en boca de los genios que las han interpretado mejor y han hecho de ellas maravillosos ejercicios de fuerza, de flexibilidad y de encanto, por efecto de la ley del menor esfuerzo, tenderán de parte de aquellos á quienes la escuela haya hecho dueños de dos lenguas, una aprendida de la madre y otra adquirida en el diccionario, á entregarse al uso del idioma más fácil, más regular y más lógico. Como quiera que sea, una revolución tan capital como lo sería la adopción de una lengua universal, no podría realizarse sin producir en la vida de las naciones las más importantes consecuencias en favor de la paz y de un acuerdo consciente.

Todavía más rica en resultados será la revolución de la higiene que actualmente se opera en todos los países cultos del mundo, y aun en ciertas comarcas bárbaras, especialmente en las regiones pantanosas de donde se expulsa el mosquito anofeles, y sobre las

carréteras de los municipios donde se detienen los contagios mundiales como el cólera, la fiebre amarilla y la peste. Esos cambios son principalísimos porque se aplican directamente al conjunto de



ESCUELAS Y HOSPITALES DE GINEBRA

Cl. A. Malvaux.

Los espacios negros indican las escuelas primarias, secundarias, especiales y la universidad; los espacios rayados, los hospitales.

la humanidad como si constituyera un inmenso individuo. La vigilancia de la higiene universal se realiza actualmente á pesar de las fronteras, de las separaciones oficiales entre los hombres. Desde el punto de vista de la represión de las epidemias, la ciencia no dis-

tingue el indígena del extranjero. No repite el precepto de Moisés¹: «No comáis animales muertos, sino dadlos ó vendedlos á los extranjeros». Sabe ya que la humanidad es solidaria y que las enfermedades se propagan por contagio de individuo á individuo, de ciudad en ciudad, de pueblo á pueblo. Sabe que ha de tratarse cada población y aun el mundo entero como un verdadero organismo y que la salud de los Japoneses, de los Africanos, de los Esquimales, hasta la de las gallinas, las ratas, las vacas, interesa á todos los hombres. Los higienistas de Europa, representados por comisiones de médicos y otros sabios, han intervenido en Djeddah y en la Meca para impedir el nacimiento ó al menos el desarrollo del cólera entre los *hadji* que se agolpan en derredor de la piedra santa; así como también han intervenido en las Indias para estudiar sobre el terreno los focos de la peste, buscar los medios de su curación y circunscribir los límites de extensión del azote; mañana intervendrán en Persia y en Caldea para regular el transporte de los cadáveres á los lugares sagrados de Kerbela y de Nedjef, que deja sobre los caminos de las caravanas un olor de podredumbre. Apenas habrá población donde no se atienda la salud pública por el establecimiento de las cloacas, la conducción de aguas puras, la limpieza de las calles, la incineración ó el tratamiento químico de la basura. Se atiende á hacer lo más conveniente, sea ocupándose de los niños mal alimentados, atacando los grupos de casas malsanas ó de mil maneras diferentes; pero no sin provocar protestas de parte de los «superiores» y de los propietarios. No importa; en este asunto el impulso está dado, y se ha evidenciado que en toda comunidad la salud del más rico está unida á la del más pobre; la ciencia ha activado la evolución de los sentimientos: el más aristócrata de los hombres ha de mostrarse racionalmente solidario ó temer perpetuamente el contagio.

Gracias á métodos científicos, se han rechazado y hasta suprimido en diversos países los terribles azotes, viruela, difteria, tífus y tantas otras pestes negras que antes asolaban periódicamente el mundo. En cuanto hace su aparición una de esas enfermedades, se encuentran inmediatamente los orígenes del mal en los cuarteles, las

¹ Deuteronomio, XIV, 21.

cárceles, los hospitales ó los conventos y se recurre al remedio soberano de la asepsia y de la limpieza, preferible á las procesiones, las peregrinaciones y la flagelación mutua que se imaginaban en otro tiempo con poder suficiente para ahuyentar los espíritus envenenadores. El fuego, excelente medio de desinfección, se empleaba, no para destruir los cadáveres y toda clase de objetos contaminados, sino para quemar desgraciados, sobre todo Judíos, á quienes se acusaba de esparcir las enfermedades infecciosas: durante la gran epidemia del siglo XIV se quemaron dos mil Israelitas en Hamburgo y mil doscientos en Maguncia. Hasta en estos últimos tiempos la ignorancia popular ha tratado siempre de vengarse sobre el enemigo del mal que procedía de la propia incuria.

Se sabe, pues, de qué manera han de combatirse los contagios, es decir, las enfermedades que atacan á la raza entera, y se sabe ampliamente también lo que ha de hacerse para rechazar y suprimir las enfermedades individuales. Sin embargo, no bastan las afirmaciones de la ciencia para que la humanidad se conforme con sus enseñanzas, y hasta ocurre que las pasiones ó los apetitos reaccionan contra ella y el mal se aumenta en proporción directa del conocimiento. Por ejemplo, la acción funesta de los espirituosos ha sido perfectamente evidenciada por los higienistas, y pocos son los alcohólicos inveterados que no reconozcan cuán fundadas son las críticas y las recomendaciones que se les prodigan, pero la victoriosa rutina les pone el vaso en la mano, y le vacían maldiciendo su indigna cobardía. Lo mismo se encuentran fumadores que deploran su sumisión al cigarro ó á la pipa, que comilones que alaban la sobriedad. Se ven muchos médicos que dan mal ejemplo contra sus mismos consejos. De todos modos, bueno es saber la verdad y mostrarla como una enseña sobre las prácticas incoherentes de la vida, saber la vía que ha de seguirse sin haber de pedir á los biólogos la claridad definitiva sobre todo lo referente á la alimentación, á las enfermedades y á la salud.

Pero el gran manantial de las enfermedades, como es sabido, pertenece al género de los que se quieren tener abiertos siempre: es la desigualdad social. La causa económica de la riqueza y de la miseria coincide exactamente con la de la vida y la muerte. Los estadísticos